

LA MANTA Y LA RAYA

NÚM. 19



Teresa Irene Barrera, (2011)

Universos sonoros en diálogo

septiembre 2025



SOBRE LOS CULEBREROS DEL SUR DE VERACRUZ

Alfredo Delgado Calderón

Texto introductorio al libro de Rubén Leyton,
Los Culebreros: medicina tradicional viva,
México, CONACULTA, 2001.

Las dos cuencas hidrológicas más importantes del sur de Veracruz están relacionadas con el antiguo culto a la serpiente: la de Coatzacoalcos y la del Papaloapan. En el primer caso su nombre nos remite inmediatamente a este culto ancestral, pues significa "en el Santuario de la Serpiente", en alusión al mítico sacerdote-dios Quetzalcóatl, que desapareció en este punto de la costa embarcado en una balsa hecha de serpientes, augurando su retorno. En el caso del río Papaloapan o de las Mariposas, su nombre antiguo, Cosamaloapan nos remite a una vieja deidad indígena, Ayauh Cotzamlotl, deidad femenina relacionada con el arco iris, el agua corriente y la serpiente. La diosa maya Ixchel también diosa del arco iris, la serpiente de colores que ataja las tormentas.

Otros topónimos, presentes desde el siglo XVI, relativos a lugares menores dispersos por toda la región dan cuenta de la intensidad del culto a los ofidios: Coacotla (donde abundan las serpientes venerables), Coapan (en el lugar de la culebra); Cohuacan o Cucuacah (donde preside la culebra) y Achilcotixca (donde se venera a la culebra de agua). Una referencia directa a Quet-



La sangre de un jugador de pelota decapitado fluye como serpientes. Museo de Antropología, Xalapa, Ver.

zalcóatl la encontramos en el nombre de la vieja hacienda de San Nicolás Zacapesco, que tomó su nombre del paraje prehispánico de Coahuazacapechco, "en la balsa de serpientes", el instrumento con el que el dios del viento y de las artes huyó por mar rumbo al oriente.

Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, no fue la única deidad relacionada con las serpientes, también hubo deidades femeninas, como la ya mencionada Ayauh Cutzamlotl, Chalchiuhtlicue, Ixchel (diosa maya del arco iris y destructora del cuarto mundo indígena), Coatlicue (la diosa madre de los dioses, la de las faldas de serpientes) y otras, en general relacionadas con el agua de ríos, lagos y arroyos.

En otros niveles, a las serpientes se les relaciona con la muerte y con la lluvia. En el primer caso, en la región abundan materiales arqueológicos funerarios como las urnas de Nuevo Ixcatlán, con sacerdotes o dioses enmarcados por culebras; las Cihuateteotl de El Zapotal, con serpientes ciñéndoles la cintura o las serpientes vivas que acompañaron los entierros secundarios de Nopiloa. Con respecto a la lluvia, a nivel popular se



Diosa maya Ixchel

tiene la idea de que es una serpiente la que produce las tormentas o huracanes, específicamente las mazacuatas viejas que quieren emigrar. Quizá una reminiscencia de esta creencia sea el culto de Tatahuicapan a San Cirilo, representado por una escultura prehispánica en piedra de un personaje sosteniendo a una serpiente. Se cree que es San Cirilo quien propicia la llegada de las lluvias y para asegurar esta función se ha creado una mayordomía en el pueblo. De alguna manera esta función de San Cirilo se asocia también con Tamakaatzin, Homshuk o Sintiopiltzin, el dios del maíz que en la mitología nahua y popoluca vence al viejo rayo del sur y lo obliga a bañarlo con lluvia cada año para que crezca y pueda alimentar a los hombres.

En este contexto no es casual que en el sur de Veracruz se haya desarrollado un complejo mágico-mítico-religioso alrededor de los ofidios, que recae básicamente en dos tipos de especialistas: los hombres rayo y los culebreros, de popolucas y nahuas, respectivamente.

Los primeros tienen una función social más amplia: protegen las parcelas de la proliferación de culebras, evitan desastres naturales protegiendo al pueblo de la entrada de brujos y de conju-

ros. Es decir, tienen una función eminentemente social, a la manera de los chamanes asiáticos. Los culebreros en cambio se limitan a la función terapéutica en relación a la mordedura de la serpiente los individuos o animales y a la protección de las parcelas.

Ambos se mueven en dos ámbitos contrapuestos y a la vez complementarios, al ámbito social y el natural. La protección de parcelas, la expresión comunitaria de la reproducción social, tiene que ver con lo humano, con el espacio transformado, construido por el hombre, y por lo tanto masculino; se relaciona o relacionaba con Quetzalcóatl y Tlaloc, y se cree que a través de ellos se propiciaba la lluvia y se buscaba su benevolencia para evitar tormentas y desastres naturales. Estas creencias debieron llegar con las migraciones nahuas procedentes del Altiplano Central, especialmente los teotihuacanos que se asentaron en Matacapán durante los primeros siglos de la era.

El ámbito natural, por el contrario, tiene que ver con la noche, con lo imprevisto, con lo femenino y con lo divino. La mordedura de las culebras está relacionada con la violación de preceptos a normas comunales y su castigo por parte de los espíritus del monte, de los cerros y de los ríos. Por ello, para curar una mordedura de víbora se invoca al chaneque, el dueño de los animales del bosque, cuyo mundo mágico, el Taalogán o Tlalocan, se encuentra abajo del cerro San Martín. Los espacios donde se traslapan ambos mundos son las cuevas, las cascadas, los sitios arqueológicos y algunos cerros especiales que es precisamente donde ambos especialistas obtienen sus poderes y hacen pacto con el diablo o los chaneques. Esta visión, más cercana a la visión del mundo de los pueblos cazadores y recolectores, es mucho más antigua y debe estar relacionada con el mundo olmeca, la civilización madre que surgió en el sur de Veracruz hace más de treinta siglos, y cuyos vestigios evocan la fuerza de la naturaleza.

Es decir, hay dos visiones indígenas complementarias en torno al culto a la serpiente, pro-

ducto de dos tradiciones que se encontraron en el sur de Veracruz, la visión nativa, de los popolucas, presuntos descendientes de los olmecas, y la de los nahuas del Altiplano que en la gran metrópoli de Teotihuacan dejaron constancia de su culto a una deidad serpentina en el famoso Templo de Quetzalcóatl.

Cabe aclarar que hombres rayo y culebreros responden a una clasificación ideal, pero que en la realidad las funciones de ambos se comparten; al punto de que con frecuencia es difícil distinguirlos.

La tradición indígena en torno a los culebreros tiene un origen prehispánico y data seguramente de las primeras sociedades que poblaron la región, especialmente los Olmecas, como nos lo demuestran numerosos monumentos pétreos. Pero este complejo indígena es paralelo a un complejo afromestizo de culebreros que coexiste en la propia región. Aunque ambos complejos comparten creencias, ritos y parafernalia, hay suficientes elementos que permiten diferenciarlos, como queda demostrado en el presente trabajo.

Hay creencias comunes entre ambos complejos que difícilmente podríamos considerar exclusivas, como la creencia de que el arco iris es una serpiente, la relación entre serpientes y tormentas y la protección de parcelas. Es decir, que hay una gran coincidencia de creencias y prácticas entre indígenas y grupos de origen africano, esclavos y libertos, especialmente bantús, llegados a la región durante el régimen colonial.

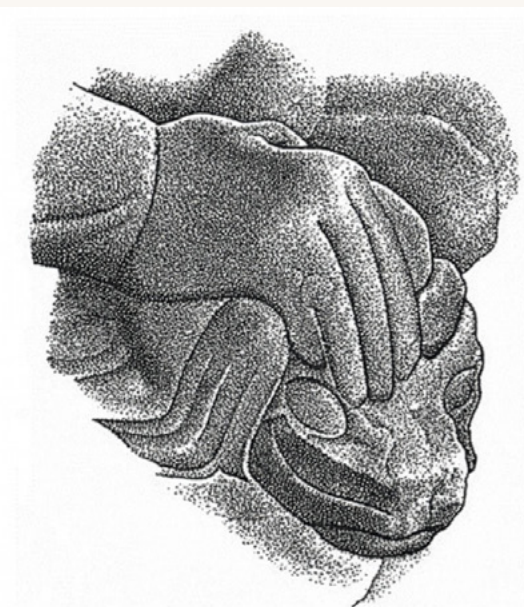
Pero también hay elementos al parecer de origen africano que aún perduran en la región. Nos referimos concretamente a la iniciación de los culebreros, la obtención de poderes, los ritos terapéuticos y la protección de potreros. Así, por ejemplo, las punciones con un colmillo de víbora sorda, comunes en los aspirantes a culebreros de los llanos de la cuenca del río San Juan, son desconocidas entre nahuas y popolucas, lo mismo que la preparación del vino que usan para la protección de mordeduras de ofidios, el ritual de

protección de potreros y el uso del "gamito de llamar" o flauta con que se llama a las serpientes.

La prueba de que algunos de estos elementos son de origen africano la tenemos, además de su ausencia en la práctica indígena, en su distribución casi exclusiva en los llanos del río San Juan, poblados por los descendientes de vaqueros esclavizados y libertos de origen bantú ocupados por las grandes haciendas ganaderas coloniales como Uluapan, San Nicolás, Guerrero, Nopalapan y Cuatutolapan. Dos evidencias más confirman lo anterior, una de carácter histórico y otra de carácter etnográfico. En el Archivo General de la Nación, AGN, ramo de Inquisición, vol. 1328, se conserva un documento de 1721 sobre un juicio seguido a los negros vaqueros de la hacienda de San Nicolás, que según Aguirre Beltrán (1992) tenía vaqueros de origen bantú, donde se describe el uso y preparación del vino, así como las punciones a que eran sometidos los aspirantes a culebreros junto con los mordidos por estos ofidios. Vale la pena transcribir este documento:

Jacinto Joachín

En el mismo pueblo de Tesechoacán, el día 24 del mismo mes y año, (mayo de 1721), compareció ante mí, dicho cura, Jacinto Joachín, pardo libre del pueblo de Acayucán, oriundo y casado en este, y habiendo hecho juramento a Dios Nuestro Señor por la señal de la Santa Cruz de decir verdad, declaró bajo de él que es verdad que suele curar y ha curado a algunos mordidos de culebras, lo cual hace así: forma una cruz en la parte baja de la picadura de ella y otra en la otra, diciendo Jesús, María y José, y luego le da de beber polvos de unas hierbas distintas de las cuales algunas cogen rezando el credo, y el zacate de casa que es una de ellas lo cogen de las cuatro esquinas de la casa, nombrando a la Santísima Trinidad, las cuales hierbas ha de moler una doncella y luego les chupa en la picadura para extraerles el veneno y los encomienda a nuestra Señora de la Concepción, que



Monumento 47, Museo Comunitario de San Lorenzo Tenochtitlán, Texistepec, Ver. Foto Hirikazo Kotegawa.

es de este pueblo, y hace que le den una candela de limosna, y también le da a beber la cabeza de la misma víbora o culebra molida, y a los que ha curado en salud, esto para preservarlos de que le haga daño la mordedura de alguna culebra es haciendo cruces con el colmillo de una, con que le va arañando en las manos, brazos, piernas, lengua, cerebro y otras cualquier partes de las decentes de su cuerpo, invocando a Dios Nuestro Señor, y que no hace más ni otra cosa, y que lo dicho lo ha hecho por que se lo enseñó un hombre que decía ser discípulo del señor párroco de Alvarado. Para lo cual todo le notifiqué y mandé que en adelante no usase de cruces, ni palabras algunas en dichas curaciones, ni de los abusos de que fuere doncella quien moliese las hierbas, ni que el zacate fuese de las cuatro esquinas, ni todo lo demás que no fuese aplicar medicinas naturales que conociese o tuviese experimentado ser buenas para dichas mordeduras, y que aún en esto se abstuviese en habiendo médico o aplicación de medicina naturales y con probabilidad a lo menos de su virtud para ello, lo que todo prometió. Con lo cual se concluyó la diligencia que escribí y no firmó el dicho por no saber, el cual

también declaró haber enseñado a otros y le notifiqué y mandé les advirtiese lo mismo que a él había yo corregido y no enseñase en adelante porque en todo había procedido con sana intención, en lo que todo se afirmó y ratificó, y lo firmo yo por el interesado."

Miguel Martínez de Castro (rúbrica)

Líneas adelante otro pardo, de nombre Juan Cortés, confirma ser aprendiz de culebrera, diciendo "que también sabía curar de culebra, según le había enseñado Jacinto Joachín; y expresando (que) el modo es el mismo que declaró dicho Jacinto".

En este documento se sintetizan los mismos rasgos que nosotros habíamos considerado como afromestizos en el complejo de culebreros de la región de los Llanos, sólo que aquí aparecen con casi tres siglos de antigüedad. Entre estos rasgos destacan las punciones con un colmillo de culebra en diversas partes del cuerpo para preservar a las personas de que les haga daño la mordedura de uno de estos reptiles y el vino preparado con una cabeza de culebra, con el mismo fin. Las punciones de que hablan, una especie de acupuntura, se hacen en partes precisas del cuerpo, y no son conocidas por los indígenas. Su práctica es

registrada detalladamente por Rubén Leyton en este trabajo.

Antonio García de León nos confirmó que las punciones con el colmillo de culebra son de origen bantú y son practicadas actualmente en África.

De esto cabe destacar, que uno de los ingredientes mencionados, el zacate de las cuatro esquinas de la casa usado en la preparación del vino, no estaba registrado por el autor (R. Leyton), por lo que al conocer el documento regresó con sus informantes, quienes le confirmaron que efectivamente era usado en tiempos pasados, pero que debido a que había cambiado la arquitectura tradicional, ahora usaban láminas de asbesto en sus techos, por lo que el zacate para preparar el vino estaba casi en desuso. Por otro lado, uno de sus principales informantes le confirmó que los culebreros de la zona del río San Juan eran por lo general de ascendencia afro-mestiza.

Otro documento, de 1883, viene a confirmar nuestros datos. Se trata de un informe de la Jefatura Política del distrito de Tuxtepec, Oaxaca, con quien los municipios veracruzanos de Playa Vicente, José Azueta, Isla, Rodríguez Clara y San Juan Evangelista comparten la región de los Llanos:

En los pueblos del Llano y de la Sierra, donde se cosecha algodón, es tan crecido el número de víboras, especialmente sordas, que en cada cuadrilla de trabajadores va un curandero para atender inmediatamente a los ofendidos por este venenoso animal, que suele ser tan grande, que hay algunos que pesan hasta un quintal, aunque lo comunes que sean de una a dos varas y que sólo pesen algunas libras.

En los terrenos de Tuxtepec, Soyaltepec, Amapa, Ojitlán, Jalapa y Yetla, por término medio, se han encontrado al tiempo de rasar, de cincuenta a sesenta víboras por cada diez mil varas cuadradas.

Los curanderos de mordeduras de víbora necesitan sujetarse, antes de poder ejercer sus funciones, a una verdadera curación que los pone en peligro de morir, bebiendo varias plantas aromáticas, sufriendo sudoríficos y picaduras debajo de la lengua, con colmillos de víboras muertas recientemente. Cuando están ya expeditos, con sólo el aliento o la saliva que arrojan a las víboras vivas las adormecen y las meten en su seno o juegan con ellas sin ser ofendidos, como si fueran los animales más inocentes. El modo de curar a los profanos cuando son mordidos, consiste en chupar la parte ofendida, hasta extraer sangre en su estado natural y aplicar apósitos con el jugo de algunas plantas que ellos conocen. (Manuel Medinilla, s/f.)

De este documento destacan las punciones hechas debajo de la lengua con colmillos de víboras, y la manipulación que hacen los culebreros de las serpientes, lo cual parece ser exclusivo de los afro-mestizos de los Llanos. Igualmente, los pueblos y haciendas mencionados en ambos documentos tuvieron una importante población de pardos y mulatos durante la época colonial, como Alvarado, Acayucan, Tesechoacán, Tuxtepec, San Nicolás y Amapa. De hecho, este último es el famoso pueblo de Nuestra Señora de Guadalupe de los Negros de Amapa, fundado por negros cimarrones en el siglo XVIII (Corral, 1963; Corro, 1951).

En conclusión, la obra de Rubén Leyton Ovando, además de realizar un registro riguroso y amplio de la práctica de los culebreros desde una perspectiva regional, destaca por sus aportes metodológicos, al discernir dos tradiciones paralelas que coexisten en el sur de Veracruz con relación a los culebreros: la de los indígenas y la de los afro-mestizos, esta última poco conocida y menos estudiada.



Don Juan Domínguez Cruz, culebrero de Nopalapan. Alfredo Delgado Calderón.



Vasija tuxteca representando un ofidio.
Alfredo Delgado Calderón.



Rubén Leyton Ovando.



Colmillos. Alfredo Delgado Calderón.

